

Capítulo VII.

“ **A**quella voz... se repetía dentro de su mente. La acompañaba en la eternidad. Recorrió las estancias que la separaban de la música, donde Él se encontraba. Se oía la delicada melodía; flotaba en el aire como un perfume exquisito, a veces intenso y otras, sutil.

Abrió suavemente la puerta sin emitir sonido alguno. Era Él, como pensaba, quien emitía aquella cadencia indescriptible que conmovía el alma. Para no interrumpir prefirió sentarse a distancia y deleitarse con la música:

- ¿Por qué te inquietas? – se sobresaltó al escuchar su voz. No se había percatado de que se había detenido. Aún se oía su canto suspendido en la nada, como un eco lejano. La expresión de su rostro reflejaba la paz interior de la que gozaba -.

- He interferido en tu meditación sin querer... - pensó en voz alta. Observó sus ojos dorados y suspiró – no sé si debo regresar.

- No debes preocuparte. Sabes que alguna vez tienes que volver, amor...

- ¿Y si ese instante ha llegado? – dijo con algo de miedo mientras se aproximaba a Él -.

- ¿Qué es lo que sientes? – Pensó que era el momento de abandonar el hogar– entonces por qué me lo preguntas. Sólo tú puedes sentir cuándo ha llegado la hora.

- Marcharme... – albergaba incertidumbre en su interior. Desde que estaba allí no sentía la necesidad de pensar en el devenir. Abandonar el hogar que le pertenecía por espíritu le producía algo de dolor - ¿Para qué?

- Tu camino te espera. Debes regresar para terminar lo que acordaste cuando decidiste encarnar. Entiendo que te cause excitación, pero recuerda que ninguna carga será mayor de la que puedas soportar. Ya has alcanzado la meta que te has propuesto, sólo tienes que visualizar el final.

- No hay pasado ni futuro, todo se inscribe en un círculo, sin principio ni fin – Él asintió con complacencia, mientras que la emoción embargaba su ser.

Expresar ese sentimiento con palabras era difícil: el amor bajo todas sus acepciones, desde el maternal, el filial, hasta el de un amante, se mezclaba íntimamente y se conjugaban a la perfección. El Amor absoluto.

En ese mismo instante sintió cuánto se amaban y que las despedidas eran innecesarias entre ellos pues estaban unidos mediante un lazo invisible e indestructible. Se encontrarían muy pronto. La sonrisa de Él se hizo más amplia, y mientras rodeaba su cuerpo con sus brazos, rompió a reír alegremente:

- Por supuesto que estaré junto a ti y espero gozoso tu vuelta al hogar. No es pues una despedida, sino un simple “hasta luego”

-¿Te recordaré?- Él sonrió y negó-.

- No en esta forma. Pero me intuirás... estaré junto a ti. Parte del camino lo recorreremos juntos, amor.

Respiró con más tranquilidad. Ya estaba preparada para volver. Sólo tenía que recorrer el

camino de retorno...”

Lentamente el cántico monótono se abrió paso hasta su mente. Comenzaba a despertar. El olor penetrante del incienso fue lo segundo que percibió. Y luego, el dolor en todas las partes de su maltrecho cuerpo. Su boca tenía un cierto regusto a hierbas. Tenía sed.

Esas sensaciones le indicaban que aún vivía.

Movió un poco los dedos al sentir un pequeño hormigueo. Una voz cercana dejó de orar. Alguien se acercó a ella, tanto que lo oyó suspirar:

- Está despertando... - dijo aquella voz masculina en la que había algo de sorpresa -.

Abrió despacio sus párpados. La luz era tenue y cálida. Sin embargo, le dolieron los ojos con su contacto. Las formas, borrosas en un principio, se volvieron más nítidas al pasar unos segundos.

Alrededor del lecho en el que estaba tumbada había multitud de personas que oraban. Sentada junto a ella, había un joven que acercó su mano y le presionó levemente el cuello durante un instante. Su rostro estaba marcado por el agotamiento y por unas acusadas sombras debajo de sus ojos. Mientras que el suyo expresaría desconcierto seguramente:

- Bienvenida... - dijo. Pero en sus ojos se leía pesar. Los cánticos cesaron. En su lugar, la estancia se llenó de susurros; algunos de alegría y otros de asombro. Alguien cerró una puerta -.

- ¿Dónde estoy? - el sonido de su voz era casi inaudible. Miró a su alrededor confundida. No esperaba despertar en ese mundo; menos aún en una habitación como aquella. “*¿La habían rescatado?*” pensó mientras observaba a su interlocutor -.

El joven le acercó a los labios un vaso de barro y le dio de beber. El líquido sabía a hierbas; era algo amargo. Mientras se lo tomaba despacio le habló pausadamente.

- Se encuentra en el palacio del rey Bernark de Laidan, en Dassellnhom, mi señora...- al oír el nombre de su captor, los ojos se le anegaron de lágrimas y se deslizaron por sus sienes.

No entendía nada... en vez de una sucia y lúgubre mazmorra se encontraba en un aposento digno de un rey. No adornaban en sus muñecas, ni tobillos grilletas, ni cadenas. En la expresión del joven había compresión. También compasión. Pero qué podía entender él de su terrible situación. Estaba viva y a merced de su enemigo.

Al ser capturada por los soldados humanos tenía muy claro cómo iba a pasar el resto de su corta vida. Había esperado tormentos y mutilaciones pero no eso. La incertidumbre era la peor tortura pues dejaba que la mente divagara. Que se recreara en infinitud de posibilidades a cual más atroz. Una de las ideas más convincentes que se le ocurrió fue que Bernark la había curado para tener un cuerpo que destrozar.

Después de un tiempo, que parecieron horas, se rompió el contacto visual. Aquel joven vestido con una sencilla túnica gris y de ojos claros como la miel se levantó y se apartó de su lado. Hubo un revuelo en la habitación. Miró hacia la derecha hacia donde se dirigían todas las miradas. Todos los presentes se

inclinaron ante un hombre. Era alto e imponente; podía decirse que atractivo para ser un humano.

- Muchas gracias, Eithem... una vez más me deja atónito con sus habilidades – le oyó decir, mientras se inclinaba delante de quien estuviera hace un momento junto a ella – sin duda alguna está bendecido por la diosa – el sacerdote no contestó y se dirigió a la puerta. Un instante antes de desaparecer por ella, miró hacia atrás en su dirección. Pero ya no podía ver lo que le decían sus ojos-.

Una sola mirada del rey a los allí congregados, fue suficiente para que abandonaran ordenadamente la estancia en silencio. Al volver a prestar atención al hombre, se encontró directamente con sus penetrantes ojos. Sus pupilas brillaban y se intuía cierta sonrisa en sus labios. Se aproximó con parsimonia. Parecía disfrutar con ese instante.

Ella a su vez, deseaba transmitir impasibilidad; fue inútil su esfuerzo pues su cara era, en esos momentos, el espejo de su alma. Siguió con atención todos sus movimientos mientras se sentaba en el lecho de cara a ella.

- Bienvenida, mi señora Lithaell... - le tomó la mano. Eran cálidas y grandes – soy Bernark rey de Dassellnhom. Me llena de alegría y esperanza que haya decidido quedarse entre nosotros... - ella oía claramente los latidos de su propio corazón, acelerado por el temor -.

- ¿Dónde está mi madre? – hizo acopio de fuerzas para articular las palabras - ¿Y mi pueblo? – la expresión del rey se oscureció levemente -.

- Sería inútil pedirle que dejáramos esa cuestión para cuando os encontréis mejor ¿no es cierto?- dijo a modo de reflexión. Su gesto de asentimiento le despejó cualquier duda – su madre ha fallecido – dijo sin rodeos. La noticia la desgarró por dentro. Cerró los ojos. Le ardían las mejillas y las lágrimas le quemaban a su paso – y su pueblo sobrevive gracias a su presencia en este palacio... le prometo que así seguirá mientras decida permanecer a mi lado – le apretó un poco más su mano a la vez que suspiraba-.

Abrió los ojos con claro desconcierto. No estaba segura si había interpretado bien sus palabras. Su mente estaba aún abotargada.

- Sin embargo, no es mi intención que se sienta como una prisionera. Intentaré que se encuentre cómoda y que, con el tiempo, llegue a apreciarme... - No pudo evitar mostrar ira. Su deseo: apartarlo de sí y matarlo aunque no tenía fuerzas suficientes.

Ahora entendía sus motivaciones. Mientras estuviera allí como rehén ninguno de los supervivientes de su pueblo emprendería acciones contra él. Todos eran leales a su madre. Incluso después de haber fallecido cumplirían su última voluntad. No se arriesgarían a que su única descendiente sufriera daño alguno. Siempre había pensado que sentían una extraña veneración por ella. A veces incomprensible hasta para su hija.

- Sé que le parece una idea terrible y absurda... pero creo que puede ser posible. Conquistaré su corazón como a mi me ha conquistado su delicada belleza – le acarició los nudillos suavemente con las yemas de los dedos-.

- No tenga esperanzas, yo no albergo ninguna para mí...- retiró su rostro al sentir que la mano del rey le rozaba una mejilla -.

- Me entristece oírle hablar de ese modo... siempre hay esperanza – se acercó más a su cara, como si le fuera a contar algo muy íntimo – no soy un monstruo. Sólo deseo su afecto... – la observaba intensamente, como si quisiera analizarla en cada segundo -.

- ¿Aunque me haya arrancado de mi casa? ¿Asesinado a mi madre? ¿Destruído todo aquello que amaba? – su voz se quebró. No podía contener la tristeza en su pecho y se desbordaba por su boca –.

- Sí. Aunque malinterpretáis mis palabras... yo no he ordenado la muerte de su madre. Abandonó este mundo por propia decisión, tal y como estuvo a punto de hacerlo usted misma... -.

A pesar de parecer sincero no podía confiar en que fuera cierto. Era un ser despreciable. Y en su nombre muchos de sus seres queridos habían perdido la vida. Sus ejércitos, al igual que su señor, eran despiadados.

- Cuando os encontréis mejor, veréis las cosas desde otra perspectiva – se distanció para poderla escrutar con detenimiento - Ahora, a causa de los largos días de convalecencia y el dolor, no ve ninguna solución...- tomó una aptitud más solemne- yo le tiendo mi mano y le brindo un puente entre nuestras razas, una coexistencia pacífica... piénselo. Ya se ha derramado demasiada sangre. Es hora de cerrar viejas heridas, mi querida Lithaell – besó delicadamente el torso de su mano – cuando os encontréis con fuerzas nos desposaremos y crearemos una realidad más benigna, ante el mundo entero...

- Antes de acceder a su chantaje señor, tendrá que mostrarme alguna prueba de que dice la verdad, si eso es posible... - dijo con un hilo de voz. Él sonrió confiado – si no me quitaré la vida y tendrá que buscarse una nueva esclava con la que entretenerse.

Perdió la cuenta de los días que había pasado postrada en esa cama. Quería entregarse a un sueño profundo del que no pudiera despertar jamás. Aquel lecho debía ser su tumba pero algo se lo impedía. Los herboristas siempre estaban vigilándola. Le daban a tomar bebedizos de sabores extraños que le nublaban la mente. Los sacerdotes la visitaban y oraban para retener su alma en el mundo material.

Aquellos muros eran su cárcel. Unos muros de los que no podía escapar. Entonces recordaba el lugar donde nació... los valles de Inerduim, al sur del país, a la sombra de las montañas Inrash. A su pueblo, a su madre Ciandyell, a su padre OmaeK que perdió en la infancia, y a kiandell, su más íntimo amigo, que murió en el campo de batalla un mes atrás.

Intentaba rememorar momentos felices para sobreponerse a su destino. Sin embargo, no hacía más que recordar los últimos días que pasó en los valles y la tristeza no le abandonaba.

“El olor a madera quemada aún impregnaba su recuerdo. Su valle, antes frondoso y fértil, estaba marchito. Sus colores apagados a causa de la suciedad y el hollín. El cielo estaba teñido por la ceniza y adornado con negras columnas de humo. Sentía el dolor de miles de criaturas agonizantes: los árboles milenarios, las plantas, los animales que no habían podido huir de los incendios o los que se asfixiaron a causa del humo, los elfos, los hombres... sus lamentos se unían en un grito silencioso. Un himno a la desolación.

Bernark había declarado la guerra a las tierras de Inerash sin previo aviso. Sus ejércitos atacaron antes del amanecer el extremo más septentrional del valle; y casi simultáneamente, el suroeste. Avanzando sin descanso habían llegado hasta el mismo corazón de su pueblo en pocos meses.

Algo se había apoderado de los mercenarios. No conocían el temor, ni la fatiga; se movían en silencio como si de espíritus se tratase. Acometían por oleadas y si un hombre caía, otro ocupaba su lugar. Parecían desear barrerlos de la faz de la tierra. Su pueblo resistía a sus embates, sin embargo, eran conscientes de que su fin estaba próximo después de los primeros meses.

¡Ella quería luchar! Como otros muchos jóvenes que perdieron la vida defendiendo cada palmo de su tierra. Como kiandell con el que hubiera compartido el resto de su vida. Ansiaba la muerte y esa idea no la había abandonado desde entonces.

Ciandyell, su madre, la hizo desistir. Le rogó que huyera a las montañas con los niños y los elfos adultos. La última línea de defensa:

- Son nuestra única esperanza – le dijo. Su despedida le rompió el corazón – no buscan nuestras tierras solamente; desean nuestra sangre. Debes huir, y hacer germinar una nueva semilla lejos de aquí...

- Prefiero quedarme junto a ti, madre, y ser dueña de mi destino. Para qué postergar aún más lo inevitable...el valle es un buen lugar para darme sepultura.

- Una vez me dijo mi padre que somos lo que somos y no podemos huir de esa verdad... en su momento me negué a comprender qué quería decir - Nunca le había hablado de su familia por resentimiento; la repudiaron por amar a un hombre - Ahora entiendo a qué se refería Lithaell – no entendía el significado de sus palabras. Parecía estar muy lejos de allí. Como si estuviera reviviendo el pasado. –... sé que amabas a Kiandell pero debes sobrevivirle, como yo sobreviví a tu padre por ti, amor. Nuestro pueblo te necesita... huye y da sentido a nuestro sacrificio... - fue la última vez que la vio con vida -.

Al amanecer su madre cabalgó hacia el enemigo, junto a otros elfos voluntarios, para cubrir su retirada. Los demás, liderados por ella misma y por personas de confianza de Ciandyell, se dirigieron hacia los refugios de las montañas Inerash con la esperanza de que los espías del rey no hubieran descubierto su ubicación.

Fue inútil. Les dieron caza como a ciervos horas más tarde. Cayeron en una emboscada que culminó con la matanza de inocentes. Los niños, que lograron escapar a la emboscada, se internaron en el bosque mientras ellos retenían a duras penas a los soldados.

Se despertaba por las noches con las imágenes de sus rostros transformados por el miedo; oyendo claramente sus gritos de auxilio y muerte.

Sí, lucharon hasta que no les quedó aliento. Su arco se quebró y su espada se convirtió en una carga insoportable; sus músculos le ardían a causa del prolongado esfuerzo. Y cuando esperaba que el filo del arma enemiga le cercenara la cabeza, de rodillas en el fango, un golpe contundente en la sien le hizo perder el conocimiento. Antes de perder el sentido, mientras caía, fue espectadora de cómo su amiga era abatida mientras intentaba abrirse paso para salvarla.”

A su alrededor todo parecía perecer... Las flores que le traía Bernark todos

los días se marchitaban lentamente. Eran hermosas. Desprendían un olor dulzón.

Él insistía en darle conversación, en mostrar su lado más amable. Intentaba cortejarla y ser agradable; le instaba a que lo tuteara para que hubiera entre ellos un trato de cercanía y familiaridad. Pero sus esfuerzos estaban supeditados a su propio interés. Prefería que cediera a sus pretensiones sin tener que recurrir a la fuerza.

Le respondía con el silencio y la indiferencia. Sólo dos palabras salían de sus labios:

- Traedme pruebas...

El invierno se instalaba poco a poco en su interior, endureciendo su corazón. Los preparativos de los festejos de su enlace continuaban anunciando con campanas de boda su funeral. Transcurrían Las horas, los días, las semanas, y nada podía detener el inexorable y demoledor paso del tiempo.